

le hizo el mismo recibimiento que se pudiera hacer al mismo sumo pontífice. El pueblo, el magistrado formado en cuerpo de ciudad, y hasta los mismos obispos salian á larga distancia á recibirle; cuando se acercó á la corte, salió el duque y la duquesa con toda ella hasta media legua, y le condujeron como en triunfo á la ciudad. En toda la Bretaña, y en toda la Normandía se conoció muy presto la general reformation de costumbres en la nobleza, en el clero, y en el estado general; pero en medio de estas asombrosas conversiones consumó Vicente el sacrificio de su apostólica vida.

Consumido al rigor de tantas penitencias y trabajos, habia mucho tiempo que vivía como de milagro, cuando cayó malo en Vannes. Los cinco compañeros españoles que llevaba siempre consigo, y jamás se separaban de su lado, le hicieron grandes instancias para que se dejase trasportar á Valencia de España, pretestando la necesidad de experimentar el mas benigno temperamento de los aires nativos, aunque en realidad deseosos de que aquella ciudad, que habia tenido la dicha de que naciese en ella al mundo y á la vida religiosa, lograrse tambien el consuelo de darle sepultura. Pero quiso Dios oír las oraciones de los vecinos de Vannes, que no podian sufrir se les pretendiese quitar aquel preciosísimo tesoro. En fin, á los 5 de abril del año de 1419, miércoles de la semana de Pasion, aquel gran santo, tan célebre en todo el mundo cristiano por el inmenso número de conversiones y de milagros, tan singularmente venerado de los pueblos y de los grandes, consultado tantas veces de los sumos pontífices y de los mismos concilios, dotado del don de profecía, y siendo la admiracion del universo, murió en Vannes casi á los setenta años de su edad, y á los cincuenta y dos de su religiosa profesion.

Juan, duque de Bretaña, le mandó hacer magníficas exequias. La duquesa le lavó los pies por sus mismas manos, y Dios hizo muchos milagros por el agua con que se los lavó. Cuéntanse hasta ochocientos y sesenta los que hizo en vida: los que ha hecho despues de muerto son innumerables, y se aumentan cada día. Canonizó el papa Calixto III el año de 1455; pero la bula de su canonizacion no se espidió hasta dos años despues por su sucesor Pio II. Todas las alhauelas que le sirvieron en vida son hoy digno objeto de la mayor veneracion de los fieles, y obra el Señor grandes milagros por estas preciosas reliquias. Su sagrado cuerpo se conserva hasta el día de hoy en Vannes con tanta veneracion, como magnificencia.

BEATA CATALINA DE TOMÁS, VÍRGEN.

La beata Catalina de Tomás, tan celebrada por su prodigiosa vida, como por los singularísimos favores con que la enriqueció el cielo; nació en el año 1533 en la villa de Valdemoza, una de las mas amenas de la isla de Mallorca, que se hizo acreedora de memoria eterna por haber sido patria de esta ilustre heroína, gloria y honor inmortal de toda Mallorca. Fueron sus padres Jaime Tomás, y Marquesina Gallard, ambos mas distinguidos por su piedad, que por su calificada nobleza, los cuales tuvieron siete hijos, cuatro varones, y tres hembras; y aunque en la educacion de esta dilatada prole acreditaron su religiosidad, parece se dedicaron con particular esmero en la crianza de Catalina, que fué la menor de todos ellos, llevándoles toda la atencion, y todo el cariño aquellas particularísimas gracias con que la dotó el Señor: sin que fuese extraño que así sucediese á sus padres, pues traía consigo cierta oculta recomendacion de tan eficaz atractivo, que cuantos la veían se le aficionaban inmediatamente. Mucho contribuyó para esto su singular hermosura, su particular modestia, y su natural dulcísimo, acompañado de una gravedad majestuosa, que infundía respeto; pero con tanto amor á la pureza, que si alguno intentaba llegar al rostro de la ilustre niña, que no tuvo de tal sino la inocencia, al punto se deshacia en tiernos llantos, comenzando así á dar muestras de aquel candor, que conservó inviolable hasta la muerte.

Puso á la piadosa madre de Catalina en el mayor cuidado ver que jamás quiso la niña tomar el pecho en los viernes, y sospechando que semejante novedad seria efecto de algun accidente, se valió de cuantos medios pudo sugerirla su cariño, para reducirla á que recibiese el alimento, pero todos fueron inútiles en aquellos días. Duró la amorosa contienda entre la madre y la hija algunos viernes, hasta que reflexionando la religiosa señora por una parte la quietud, y la serenidad de la niña, y por otra que tomaba sin dificultad el pecho en los sábados siguientes, quedó persuadida que en esto no obraba ninguna indisposicion corporal, sino algun oculto misterio de la gracia, que ya desde entonces queria instruirle en aquella maravillosa abstinencia que observó toda su vida.

Parece que se anticipó en la ilustre niña el uso de la razon á la edad regular en que ésta se despierta; y no teniendo ociosos aquellos singulares talentos que derramó el Espiritu Santo sobre su alma privilegiada, comenzó á rezar la salutacion angélica,

aun antes que se la enseñasen sus padres, atendiendo á sus cortos años; pero con la particularidad no solo de pronunciarla clara, y perfectamente con sus balbucientes labios, sino la de derretirse su tierno corazon en amorosos afectos para con la Madre del Señor, que fué siempre el objeto atractivo de todas sus atenciones. Bien presto se conoció lo agradable que le era á la santísima Virgen el piadoso obsequio de Catalina, pues habiéndola dislocado un brazo por casualidad su madre, la sanó la Reina de los ángeles milagrosamente, luego que á instancias de la niña se puso á éste una imagen de la Señora: cuyo prodigio hizo que se preguntasen todos, como sucedió en otro tiempo á los montañeses de Judea acerca del Bautista, qué pensaban seria aquella dichosisima criatura, con la que tan temprano se manifestaba estar la mano del Omnipotente.

En vista de estos maravillosos sucesos quiso la madre de Catalina imprimir en su tierno corazon las piadosas máximas de nuestra santa religion; pero presto conoció por sus santas inclinaciones, por su anticipada devocion, por su candor, por su docilidad, y por su modestia, que el cielo la puso en su poder como en depósito; y que ciertamente la tenia el Señor escogida para esposa suya. Á la verdad que era cosa digna de admiracion ver el desprecio con que miraba la ilustre niña á todos los adornos, y vanidades del mundo; las ingeniosas industrias de que se valia para mortificar su inocente cuerpo; y aquel respeto con que estaba en el templo, ó fijos los ojos en el cielo, ó en alguna santa imagen, puesta siempre de rodillas en señal de la gran veneracion con que miraba la casa del Señor.

Conoció el demonio por los rápidos progresos que hacia Catalina en el camino de la virtud, que habia de llegar en muy breve tiempo á la cumbre de la mas alta perfeccion; y lleno de infernal cólera, comenzó á perseguirla desde sus mas tiernos años con furiosos asaltos, y con formidables aspectos; pero de todos estos combates la libró el cielo, ya con la asistencia de los ángeles, y ya con las frecuentes visitas de los santos, hasta del mismo Jesucristo, y de su Madre santísima.

Era grande el mar de tribulaciones por donde habia de navegar esta admirable criatura; y como el Señor la tenia destinada para que fuese un modelo de sufrimiento, quiso mostrarla el original del que copiase los esmeros de la paciencia. Cuando contaba seis años se le apareció Jesucristo del mismo modo que estuvo en la cruz; y mirando Catalina aquel lastimoso espectáculo, se escitaron en su pecho los afectos de la mas tierna compasion, al compás del amor que tenia al Salvador del mundo. Duró largo rato

la vision, para que quedase esculpida en su alma mas perfectamente la imagen de aquel varon de dolores, quien la dijo con dulcissimas palabras: *Hija, tú has de ser mia; pero mira cuanto me cuestas.* Penetraron estas espresiones hasta lo mas íntimo del corazon de la inocente niña, y no teniendo voces para explicar sus sentimientos, prorumpió en copiosas lágrimas: sintiéndose desde entonces tan esforzada para sufrir los trabajos, que aunque alguna vez lo sintiese la naturaleza, los abrazaba con gusto la voluntad, acordándose que su amado la enseñó á padecer desde la cátedra de la cruz.

Murieron los padres de Catalina cuando contaba siete años de edad; y aunque fué excesivo el dolor que concibió en la falta de los que la dieron el ser, como ya estaba prevenida con la instruccion dicha, tuvo poco que hacer su heroica virtud para resignarse con la divina voluntad. Pasó á vivir con este motivo á una granja, como una legua distante de la villa donde nació, en casa de unos tios suyos llamados Bartolomé Gallard y Maria Tomasa, donde tuvo que mudar de método; porque conoció, que no podia usar de la libertad que hasta entonces para dedicarse á sus acostumbrados ejercicios. Era el tio hombre de natural duro, que con poca ó ninguna reflexion se dejaba llevar de la cólera, y su tia mujer inclinada al pundonor y vanidad: todas cualidades muy del caso para mortificar á la inocente niña, pues ni las raras prendas, ni los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo fueron bastantes para librarla de muchos lances pesados que la ocurrieron; porque como los tios no entendian el espíritu que la gobernaba, la dieron no poco que sentir, oponiéndose á sus devociones. Conoció Catalina la diversidad de sentimientos de los que ya tenia en lugar de padres, y haciéndose cargo que entró en aquella casa á padecer, hizo una firme resolucion de abrazar la cruz de las adversidades sin quejarse, ni manifestar los trabajos á persona alguna, para vivir mas ajena de los alivios humanos; pero como en ninguna cosa hallaba consuelo sino en el comercio con Dios, determinó aplicarse á la oracion despues de haber dado entero cumplimiento á cuanto la mandasen sus tios: para lo cual pasaba casi las noches enteras en este santo ejercicio; y aun halló modo de continuarlo en las ocupaciones de la casa, teniendo en ellas elevada la mente en Dios, sin que la interrumpiesen las fatigas corporales.

En este estado inspiró el Señor á la ilustre doncella el noble pensamiento de ser religiosa; y como este era el mas á propósito para conservar la virginidad, que la tenia consagrada al Esposo eterno, para poder aspirar á la perfeccion, que era cuanto

deseaba, lo abrazó inmediatamente. Ofreciósele la dificultad de no tener medios para poner en ejecucion una vocacion tan santa; pero como su fe era viva, y toda su esperanza estaba colocada en la divina Providencia, confió en el Señor, que no dejaria de proporcionarle arbitrios para el cumplimiento de sus deseos.

Vivia por entonces en la ermita de la santísima Trinidad que está en el sitio de Miramar, dicho así porque desde su eminencia se descubre grande estension del Mediterráneo, un venerable sacerdote llamado Pedro de Castañeda, tenido por su penitente vida en toda la isla de Mallorca como un oráculo de prudencia; y noticiosa Catalina de aquel varon tan eminente, pasó á consultar con él sus intenciones. Manifestó al venerable con profunda humildad, y con singular modestia su vocacion, y la falta de medios que tenia para ejecutarla; por cuyas razones le buscaba por padre, y por protector. Oyóla con su acostumbrada mansedumbre Castañeda, y admirado de ver tanta discrecion en una niña que apenas contaba trece años, quiso examinar á fondo el fervor de su devocion, el rigor de sus penitencias, y el sufrimiento de los trabajos, para proceder con acierto en un negocio tan importante. Satisfizo la ilustre vírgen á todas las preguntas que la hizo el venerable llena de rubor, y aunque no le manifestó los singulares favores con que el cielo la regalaba, con todo quedó el célebre ermitaño pasmado de la eminente virtud de aquella alma dichosísima; pero como era tan prudente, no resolvió cosa alguna por entonces, á pretexto de rogar á Dios que le iluminase para darla respuesta.

Quedó Catalina llena de consuelo á vista de la dulzura, y de la caridad con que la trató Pedro, compadecido de su orfandad; pero conociendo que era el Señor quien habia de mover la piedad de aquel venerable varon, pasaba en oracion las noches enteras, redoblando el rigor de sus disciplinas, y de sus asombrosas mortificaciones, todo con el fin de mover á la divina misericordia; interponiendo para ello la proteccion de los Santos, y con especialidad la poderosísima de la santísima Vírgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza. Súpose en casa de sus tios la resolucion de la ilustre vírgen, y fueron tan diferentes los dictámenes así de los tios como de los concurrentes, que los que discurrieron con mas piedad, se inclinaron á creer que aquella determinacion era por huir del trabajo.

Llegó el tiempo en que el venerable Castañeda diese respuesta á Catalina, y la dijo: He diferido manifestarte mi dictámen hasta consultarlo con el Señor, y me parece, que tu vocacion es inspirada de Dios, quien te llama al retiro de los claustros religiosos,

para que te ocupes en su santo servicio; por lo que yo te ofrezco mi proteccion, bajo el seguro que no te desampararé hasta ver cumplidos tus deseos. No es fácil poder esplicar el gozo que concibió la santa doncella al oír semejantes espresiones; y no pudiendo contener la alegría dentro del pecho, la manifestó por los ojos con tiernas lágrimas. No pudo Castañeda cumplir su palabra con la brevedad que deseaba Catalina, para quien eran todos los instantes de dilacion una demora sensibilísima; y habiendo salido en este tiempo al campo una mañana dia de S. Pedro á desahogar su corazón agitado de tristes imaginaciones (pero sin ceder un punto en la constancia de sus fervorosos deseos) se puso en oracion usando de aquel misterioso lenguaje, que sin hablar palabra se dice mucho. Sintió ruido á la espalda, y queriendo ver quien lo causaba, vió muy cerca de su persona á un majestuoso anciano que la preguntó muy afable: *¿Por qué estás tan triste y afligida, Catalina?* Conoció ésta con luz superior que era el Principe de los Apóstoles; y no pudiendo hablar palabra anegada en un profundo respeto, la consoló el Santo asegurándola, que veria cumplidos sus deseos; con lo que desapareció, dejando el corazón de la ilustre vírgen trasmutado de las mas tristes imaginaciones á un maravilloso mar de gozos.

Principió Castañeda á disponer todas las cosas necesarias para la entrada de Catalina en algun monasterio, habiendo vencido las arduas dificultades que se le ofrecieron en casa de sus tios, cuya declarada oposicion era uno de los mayores escollos. Bajó con la ilustre vírgen á Palma, y la hospedó en casa de un noble caballero de su confianza llamado Mateo Zaforteza, para que se enseñase á leer y escribir, por ser requisitos preciosos para cumplir su vocacion. Conoció Mateo luego que se presentó Catalina en su casa, que el venerable ermitaño se habia quedado corto en el informe que dió de las eminentes virtudes, y gracias particulares con que habia dotado el cielo á la doncella, y creció tanto su estimacion con la de su familia para con la ilustre vírgen, que todos la amaban con estremos; especialmente cuando espermentaron mas de cerca el tenor de su prodigiosa vida, reducida á la abstinencia mas maravillosa, á las devociones mas dignas, á la oracion mas fervorosa, y á las mas asombrosas mortificaciones; cuyos rigores la postraron en una gravísima enfermedad. El dolor, y el sentimiento que concibieron los dueños de la casa á vista del peligro en que la puso el accidente, correspondió al cariño que la profesaban; y creyéndose obligados á solicitar todos los medios que pudieran contribuir á su salud, no omitieron gastos ni diligencias para buscar los mas hábiles sa-

cultativos, y los mas eficaces remedios. La humildad, y el sufrimiento con que toleraba la insigne virgen la enfermedad, eran iguales á los ardientes deseos que tenia de padecer; y ofreciéndose nuevamente victima al Señor, era la cama á un mismo tiempo cátedra y oratorio; cátedra donde enseñaba lecciones de paciencia, y oratorio donde elevaba á las mas altas contemplaciones, ejercitándose en amorosos actos de caridad, de resignacion, y de sufrimiento: bien que el Señor endulzaba maravillosamente las penas de su fidelísima sierva con esquisitos favores, y con frecuentes visitas de los ángeles, y de los santos sus abogados; pero como la enfermedad no era de muerte, sino para que Dios fuese en ella glorificado, la sanó perfectamente, cuando fué su divina voluntad.

Creó el venerable protector que no le seria dificultoso recoger la dote que necesitaba Catalina entre la nobleza de Mallorca, bajo el concepto de la grande estimacion que le profesaban; pero como Dios queria, que fuese la entrada de la ilustre virgen por uno de aquellos portentos maravillosos en que brilla su divina Providencia, dispuso que ni el todo, ni parte de la dote pudiese haber de aquellos ilustres caballeros. No desfalleció por esto Castañeda, pues persuadiéndose, que cualesquiera monasterio noticioso de las grandes virtudes de Catalina la admitirian sin dote, se condujo á el de Sta. Maria Magdalena del orden de S. Agustin, en el cual á nombre de la santa doncella hizo la pretension, dando á las religiosas el mas alto informe de sus incomparables prendas; las que, añadió, podrian sustituir en lugar de la dote, con tantas ventajas para el monasterio quanto va de las riquezas del cielo á los caducos bienes de la tierra. No dudaron las religiosas del informe del venerable, cuya opinion de santidad era notoria en toda la isla; pero le respondieron, que se hallaba el convento muy atrasado, por lo que no podian recibirla sin dote. Hizo Castañeda las mismas diligencias en los monasterios de S. Jerónimo y de Sta. Margarita, que era el mas poderoso de la ciudad, y en todos hubo el desconsuelo de que le dieron igual respuesta.

Comunicó el venerable lleno de amargura todo lo ocurrido á Catalina; y aunque no pudo menos de entristecerse, se confortó con la voluntad divina, ofreciéndole de nuevo en sacrificio la suya; bien que siempre confiaba en las promesas de los Santos, que le aseguraron, que no quedaria sin cumplimiento la vocacion. No se tardó mucho tiempo en espermentarlo así, pues reflexionando las religiosas de Sta. Maria Magdalena el honor, y la gloria que las resultaria en tener por compañera á una Santa,

enviaron á su confesor el doctor D. Rafael Bonet, para que á nombre de todas propusiese á Castañeda, que venian gustosas en recibir á Catalina sin dote. Sorprendió al venerable la inopinada novedad, y no dudando que aquella mutacion era disposicion del Altísimo, comenzaron sus ojos á verter dulces lágrimas, que bañaron sus respetables canas. Respondió al doctor Bonet, que manifestase á las religiosas su agradecimiento, y que en breve dispondria la entrada de Catalina; pero aun no habia concluido la conversacion, cuando llegó otro sugeto en nombre de las monjas de S. Jerónimo, haciéndole la misma oferta; y sin tener tiempo para satisfacer á este recado, se presentó otro por parte de la comunidad de Sta. Margarita, diciéndole, que estaban prontas para admitir á su recomendada, la que se sirviese llevar inmediatamente; pues todas deseaban con grandes ansias enriquecer su monasterio con una alhaja tan preciosa.

No es fácil poder esplicar el gozo que concibió Castañeda á vista de aquellas tan palpables disposiciones de la divina Providencia; pero pareciéndole, que debia preferir entre todas las pretendientas á las del monasterio de Sta. Maria Magdalena, dió palabra al doctor Bonet de hacerlo así, despidiendo cortesmente á los emisarios de la religion de S. Jerónimo, y de Sta. Margarita, dándoles las correspondientes gracias. Comunicó el venerable todo lo ocurrido á Catalina, y siendo tan favorable, reparó con escesivos consuelos la tristeza que le causaron las repulsas precedentes.

Entró con efecto la ilustre virgen en el de Sta. Maria Magdalena, vencidos tantos escollos de dificultades que se ofrecieron; y como vió cumplidos sus deseos, besaba llena de gozo el suelo, y las paredes del monasterio. Contaba diez y nueve años cuando vistió el santo hábito, y ya en dictámen de su confesor habia llegado al mas alto grado de perfeccion, por lo que fué desde luego la admiracion de todo aquel religioso claustro. Informóse muy por mayor de la regla, y de las constituciones que observaba la comunidad, y quedaron tan impresas en su corazon, que mientras vivió, no faltó un ápice á ellas. Ninguna novicia entró con mayor fervor en la religion, ni ninguna le hizo escesos en la observancia regular; pues persuadiéndose, que era nada quanto habia hecho hasta entonces en comparacion de lo que debia por el nuevo estado, comenzó á correr si no á volar por el camino de la perfeccion á que era llamada. Aunque todas las virtudes religiosas llamaron la atencion á la novicia, en lo que se ocupó principalmente fué en la oracion; cuyo ejercicio fué el centro de todos sus honrosos cuidados, como si fuese su único y

total empleo; pero sin faltar un punto á las funciones de comunidad: sabiendo conciliar ambos extremos con tal prudencia, que no le impedian éstas el trato para con Dios, ni éste la estorbaba para las ocupaciones religiosas. El alto informe que dió el venerable Castañeda de la célebre doncella movió á las monjas á observar con escrupulosa diligencia todas las acciones de Catalina, y descubriendo además en sus heroicas virtudes los extraordinarios talentos con que la dotó el cielo, se concilió en muy breve tiempo el amor y la veneracion de toda aquella ilustre comunidad. Conociólo la ilustre virgen, y como ofendia tanto á su profunda humildad, el aprecio que de ella hacian las criaturas, tomó el arbitrio de aparecer simple, y rústica en su trato, y en sus espresiones; pero como observaban las religiosas, que no se hallaba cosa alguna reprehensible en toda su conducta, y si un primor maravilloso en el cumplimiento de sus obligaciones, se persuadieron que aquella era una sabia industria para ejercitar su humildad, resultando de aquí tenerla en superior concepto.

Quiso la priora hacer pruebas á las fuerzas de la novicia, y de cuanto podía prometerse de ellas la comunidad; y no contenta con haberle mandado, que asistiese á la cocina, y á los enfermos, la previno que ayudase á las torneras. Cargó Catalina con el peso de estas tareas laboriosas; pero como estaba ocupada en ellas casi todo el dia, y no tenía por entonces tiempo, para dedicarse á los santos ejercicios que deseaba practicar, se retiraba á su celda luego que entraba la noche, y soltando las riendas á su fervor, descargaba una espesa lluvia de crueles azotes sobre sus virginales carnes, y por descanso de estos rigores continuaba en fervorosa oracion, contemplando en las grandezas divinas, que eran el objeto de todas sus atenciones.

Hizo su solemne profesion en el año 1555, y viéndose ya con el velo negro, creyó que cuanto ejecutó en el noviciado no era mas que un ensayo para lo que debia hacer siendo profesora. Lo primero en que puso su cuidado fué en la distribucion del tiempo, alternando en las ocupaciones de Marta, y en las atenciones de María Magdalena; y observándolo así en todo el discurso de su carrera, logró imitar á aquellas dos heroínas, que tanto elogia el santo Evangelio.

Seria necesario un volumen dilatado para referir individualmente las pruebas, con que acreditó el cumplimiento literal de los votos esenciales, que prometió á Dios en el acto de su profesion, y la práctica de las heroicas virtudes en que se ocupó toda su vida; pero basta decir, que dió todo el lleno á la perfeccion de estado religioso, llegando á ser el objeto de la admira-

cion, y de los mas altos elogios no solo del monasterio de Santa Maria Magdalena, sino es de cuantos pudieron tener noticia de este abrasado serafin en carne humana. El obrador de todas las acciones maravillosas de esta criatura verdaderamente singular, era el ardiente amor que profesaba á Jesucristo, no siendo fácil que algun otro bienaventurado le escediese en el afecto, ni en la ternura con que amaba al Redentor del mundo. Este era el iman que la atraia con tanta violencia, que ningun objeto criado era capaz de variar sus movimientos, ni separarla de su centro. No alcanza la pluma á manifestar con los rasgos mas vivos el soberano incendio, en que se hallaba abrasado el pecho de esta dichosísima criatura para con su eterno Esposo; del que puede darse alguna idea por los efectos de sus admirables éstasis, tan singulares, que dieron bien á entender, que no vivia en sí sino en Jesucristo. Aunque antes de abrazar Catalina el estado religioso, se veian en ella estos maravillosos síntomas, indicios nada equívocos de las fuertes violencias del amor divino en que se hallaba abrasada, con todo cuando entró en el monasterio, y especialmente despues que profesó, llegaron á ser tan frecuentes, que eran casi continuos: nada extraño en quien todos sus pensamientos, y todas sus atenciones estaban anegadas en el océano de las perfecciones divinas de su amado Esposo; pero aunque no estuviese en un éstasis perfecto, vivia tan fuera de sí, que muchas veces que salia de su celda para alguna parte determinada, se iba á otra, con tal que no fuesen cosas tocantes á la obediencia, á las que atendia con un acierto maravilloso, aunque estuviese abstraída.

Notaron las religiosas llenas de admiracion esta enajenacion casi continua de Catalina, pero ninguna mas de cerca en los principios que su compañera de turno; pues cuando iba á avisarla por la mañana para que bajase á su ministerio, la hallaba inmóvil toda arrebatada en Dios, sin poder despertarla de aquel dulce sueño por mas que la voceaba, y tiraba de la ropa; hasta que viéndose ya apurada en tan repetidas ocasiones, discurrió el arbitrio de llamarla con el reclamo de la obediencia, y entonces aunque no totalmente despejada, practicaba su oficio perfectamente. Todos los dias que comulgaba, se engolfaba de tal modo en aquel piélago de amorosas finezas de un Dios hombre, que distraída de los sentidos, se quedaba en un dulce éstasis por espacio de veinte y cuatro horas, sin durar mas tiempo á los principios esta maravilla; pero presto pasó á ser de mas duracion, pues unas veces continuaba el raptos dos, tres, ó cuatro dias enteros; esto sin el dilatado que todos los años le su-

cedia antes de la fiesta de Sta. Catalina mártir, su especialísima abogada, en cuyo tiempo se quedaba trasportada unas veces tres dias, otras catorce, otras quince, sin volver en sí hasta la víspera de la Santa; y aun tuvo uno que le duró veinte y un dias enteros.

Supo el ilustrísimo señor D. Diego Arnedo, obispo á la sazón de Mallorca, uno de los prelados mas célebres que ha tenido la Iglesia de España, aquellos trasportes extraordinarios, de cuya duracion habia tan pocos ejemplares en la historia; y creyéndose obligado á examinarlos por sí, dió orden para que se le avisase cuando la sierva de Dios estuviese arrebatada. Hizose así, y mirando á Catalina con el cuidado mas escrupuloso, quedó lleno de admiracion al ver aquel prodigioso espectáculo, que arrebatava la atencion de todos los presentes. Preguntó á las religiosas, que si respondia cuando le hablaban en estos casos, y le respondieron que no, á no ser que la preguntase la priora: solicitó probar su ilustrísima si respondia tambien á él, y haciéndola varias preguntas, á todas contestó con admirable concierto. Valióse además de esto de cuantos medios le dictó su prudencia para certificarse mas y mas, é informado de la conducta, de las costumbres, y de los santos ejercicios de Catalina, y de cuanto podia darle luz para hacer juicio en un negocio de aquel momento, resolvió con dictámen de personas doctas, que aquellos sintomas verdaderamente dignos de la mayor admiracion eran efectos del amor divino el mas activo, el mas fervoroso, y el mas eficaz para con el Señor: cuya fuerte violencia arrebatava aquella alma dichosísima á la mas íntima comunicacion con Dios.

Causan admiracion los artificios de que se valió el demonio para combatir á esta criatura, que servia de la mayor confusion á todo el infierno; pero como Dios queria probar la virtud, y la paciencia de su fidelísima sierva, permitió que el enemigo de la salvacion la atormentase cruelmente, y de varias maneras: unas veces con temerosos aullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas, y con fantasmas extraordinarias; pero como estas invenciones no produjesen ningun efecto para inquietarla, la daba otras veces recios golpes, la arrastraba por la celda, y la heria furiosamente. Tuvieron las religiosas un terror pánico á los principios, que sintieron en la celda de Catalina los infernales combates; pero notando la serenidad, y la tranquilidad de ánimo con que se manifestaba despues de aquellas peleas, quedaron llenas de admiracion, y de consuelo, viendo que tenian en su casa una insigne heroína que despreciaba á todo el infierno junto.

Sobre el alto concepto que todos tenian formado de Catalina, quiso Dios manifestar la eminente virtud de su fidelísima sierva con repetidos milagros; y esparcida la fama de su santidad por toda aquella region, atrajo á una multitud de gentes al monasterio de Sta. Maria Magdalena de Palma á ver á la ilustre virgen; unos para alcanzar por su medio remedio de sus males, y haber consuelo en sus urgencias, otros para tomar consejo en sus dudas, y encomendarle el acierto de sus arduos negocios, y otros para aprender las importantes lecciones de la virtud en la escuela de tan sabia maestra; pero como la caridad de Catalina para con los pobres era tan universal, sentida de las aflicciones de unos, y ansiosa de las mejoras de otros, á ninguno despedia sin consuelo, ó sin remedio.

Deseaban las religiosas aprovecharse de los extraordinarios talentos de su ilustre hermana, y para esto la eligieron superiora á pesar de sus humildes excusas, de sus lágrimas, y de sus protestas; pero en el mismo dia de la eleccion estando en el refectorio, dijo á las monjas, que el prelado haria otra priora en aquella tarde, cuya profecía se cumplió á la letra. Vino el obispo de Mallorca á darla la enhorabuena, y habló Catalina á su ilustrísima con tanta eficacia, y con tal convencimiento sobre la ruina que la amenazaba el empleo, que no dudando el prelado que la violencia que en esto se hacia á la profunda humildad de la sierva de Dios, seria capaz de quitarla la vida dentro de muy breve tiempo, admitió su renuncia muy á pesar de todas las religiosas; creyendo que seria mas grato á los ojos de Dios conservarla para beneficio comun en la clase de súbdita, que espoñerla á morir, siendo superiora.

Quiso Dios regalar á Catalina con singularísimas finezas en los tres últimos años de su vida, y como éstas aumentaban cada dia los ardientes deseos que tenia de disolverse de los vínculos carnales para unirse con su amado, vivió en este tiempo, y con especialidad en el tercer año, crucificada con este tormento poco conocido de los mundanos: en fin, quebrantada su salud al rigor de sus escesivas penitencias, conoció que se acercaba la hora de pagar el tributo impuesto á los mortales, y redoblando su fervor, y su devocion, hizo nuevos esfuerzos para purificar su inocencia. No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno, que el que manifestó esta dichosísima criatura en los últimos períodos de su vida, en los que fué visitada con frecuencia de la Santísima Virgen, y de los Santos; y habiendo recibido los últimos Sacramentos abrasada como preciosa victima en divinos incendios, murió tranquilamente en el

dia 5 de abril del año 1574, á los cuarenta de su edad, once meses, y cinco dias. Quedóse su rostro y cuerpo hermosísimo despidiendo de sí un olor celestial, que llenó de fragancia todo el ámbito del monasterio. Mantúvose tres dias en el féretro para satisfacer á la devocion de gentes que concurrieron á tributarle los últimos obsequios; y fué cosa muy digna de admiracion ver á una multitud de niños, que deponiendo todos los movimientos regulares en su edad, llegaron con los brazos cruzados delante del pecho á adorar al venerable cadáver, cuya extraordinaria accion movió á ternura á todos los concurrentes. Tratóse de darle sepultura; pero apenas se oyó en el concurso, cuando levantando la voz todos, clamaban que no era justo ocultar bajo la tierra aquel objeto tan digno de la veneracion pública. En este apuro se discurrió el prudente arbitrio de darla sepultura en el silencio de la noche, como se hizo bajo de las gradas del altar mayor dentro de una arca preparada á este efecto. De allí se trasladó á los tres años y dos dias despues de su feliz tránsito á un precioso sepulcro, que se labró bajo de la capilla de Sta. Catalina mártir, donde pidió la ilustre virgen antes de morir que se la enterrase; en cuyo acto se halló su cuerpo íntegro, incorrupto, y flexible, como si estuviese vivo. De aquel depósito se trasfirió últimamente á la magnífica capilla que en honor suyo se erigió en el mismo monasterio, donde se celebró su fiesta con aprobacion de los ordinarios, manteniéndose su culto por espacio de veinte y ocho años, hasta que se suspendió con grande dolor de los mallorquines, con motivo del decreto de Urbano VIII sobre que no se tributase á los Santos, que no le hubiesen de inmemorial.

Con motivo de esta prohibicion, y de los muchos milagros que cada dia obraba el Señor por la intercesion de su fidelísima sierva, se interesaron los mallorquines para que se tratase de la beatificacion de la venerable. Dióse principio al proceso ordinario en el año 1626, y concluido, se presentó en la sagrada Congregacion en solicitud de las letras remisoriales para la formacion del proceso apostólico. Suspendiéronse estas por el accidente de haberse quemado aquel en casa de cierto curial, que murió de peste; pero habiendo resumido la causa la sagrada Congregacion por la poderosa recomendacion del rey D. Felipe IV, se despacharon las correspondientes letras en 25 de mayo del año 1671, cometidas al ilustrísimo señor D. Bernardo Cotoner, obispo de Mallorca, para la formacion del proceso apostólico sobre las virtudes, y los milagros de la sierva de Dios: hizose éste con deposicion de muchos testigos, que de-

clararon de público, y notorio sobre ambos extremos; y aprobados por la misma sagrada Congregacion con las formalidades que acostumbra, la beatificó el papa Pio VI, como consta de su breve apostólico dado en Roma á 3 de agosto del año de 1792, en el diez y ocho de su pontificado.

### AMPLIFICACION

*á la vida de SAN VICENTE FERRER que escribió el P. Croisset, y hemos leído hoy, página 74.*

Nuestro Santo lumbrera de la Iglesia católica fué tan amado y reverenciado por los dones admirables con que Dios le enriqueció, que, segun se lee en su vida, apenas hubo en su tiempo negocio grave especialmente en las cosas públicas, para cuya determinacion no fuese consultado.

En donde mas sobresalió la celestial prudencia de S. Vicente fué indudablemente en la eleccion del infante D. Fernando de Castilla por rey de Aragon, uno de los sucesos mas señalados de nuestra historia. Habiendo muerto sin heredero el rey de Aragon D. Martin, en el año 1410, ordenaba su testamento que le sucediese en el reino aquel á quien los Estados juzgasen que de derecho le competia. Los pretendores eran muchos y era punto menos que imposible averiguar bien la justicia de cada uno de ellos y concertar este negocio: de donde resultaron grandes revueltas y asesinatos, especialmente el del arzobispo de Zaragoza, prelado de buena intencion, pero que se oponia á la eleccion del conde de Urgel, por quien estaban los mas poderosos de los próceres catalanes.

Al fin se determinó en los Parlamentos y Juntas que por via de conciliacion se escogiesen nueve personas graves, tres por Aragon, y otros tantos de Cataluña y de Valencia, para que juntos en el castillo de Caspe determinasen á quien tocaba la sucesion, y el que estos jueces señalasen fuese tenido por rey. Dos de los nombrados por parte de Valencia fueron D. Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, varon de singular religion y doctrina, y muy celebrado en todas las naciones, y su hermano S. Vicente, á cuya particular diligencia se debió en gran parte la pacífica decision de aquel árduo y reñido pleito; siendo declarado Fernando de Castilla próximo heredero de sangre y legítimo rey por unánime consentimiento de los comisarios, y aclamado á 3 de setiembre de 1412. Es increíble lo que S. Vicente trabajó en este negocio, y la prudencia con que unió á los dis-